



## XVIII

# LOS HOLANDESES EN AMÉRICA DEL NORTE Y EL CARIBE EN EL SIGLO XVII

Antonio Gutiérrez Escudero

**L**OS años que median entre la tregua con España (1609) y el Tratado de Breda con Inglaterra (1667) contemplan el nacimiento y desarrollo de un nuevo imperio colonial holandés. La expansión que alcanzan Holanda y Zelanda, las dos pequeñas provincias que constituían el alma de la República, es un espectáculo pocas veces presenciado en la Historia, de tal manera que el gentilicio de la primera acabó por calificar popularmente al conjunto de los llamados Países Bajos. Con una vasta experiencia marítima los neerlandeses no dudaron en llegar hasta tierras lejanas en busca de productos cuya demanda en Europa les hiciera atractivos y valiosos para su venta.

### **Primeras exploraciones y asentamiento en Norteamérica**

En 1602 es reconocida oficialmente la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, organización mercantil dedicada al comercio con el Extremo Oriente y que aglutinaba a las distintas compañías que hasta entonces habían operado de forma independiente. La competencia, sin embargo, de ingleses y portugueses era un gran obstáculo para los planes de la Compañía, de ahí que en su afán por dominar el tráfico exterior intente encontrar otras vías más cortas para dirigirse hacia los mares de China. El proyecto comienza a concretarse cuando en 1608 se pide a Henry Hudson —curiosamente un inglés— que trate de hallar esas rutas. Hudson ya contaba con experiencia, pues en años anteriores había navegado por las aguas árticas del norte de Europa al servicio de la Compañía Inglesa de Moscovia.

El 6 de abril de 1609 Hudson parte en su barco «Half Moon» («Media Luna») en busca de un paso por el Noreste, rumbo a Nueva Zembla. Luego de varios meses

de tentativas vanas, y ante el descontento de la tripulación, cambia de derrotero y se dirige al Oeste, cruza el Atlántico y alcanza las costas americanas en latitudes cercanas a Nueva Escocia. Proa al Sur, Hudson recorre la bahía de Delaware y el 3 de septiembre llega a la entrada de una magnífica rada. Acababa de entrar en el futuro puerto de New York, que había sido descubierto por Verrazano en 1524 y reexplorado un año después por el español Esteban Gómez, pero que en aquel momento, olvidadas las expediciones precedentes, a Hudson y sus hombres les pareció el acceso al paso del Noroeste, máxime cuando un ancho caudal de agua —¿río o estrecho?— aparecía ante ellos. El 12 de septiembre navegaban aguas arriba hasta que tras 250 kilómetros de penetración pudieron comprobar que se trataba de un cauce fluvial por los rápidos encontrados en un lugar próximo al actual emplazamiento de Albany. Defraudados iniciaron el regreso sin sospechar que a tan sólo tres días de marcha estaba acampado Samuel Champlain a orillas del lago que hoy lleva su nombre.

Las exploraciones de Hudson permitieron a Holanda reclamar el territorio comprendido entre las cuencas de los ríos que desembocaban en las bahías de New York y Delaware, primero llamados ríos del Norte y del Sur, y posteriormente Hudson y Delaware. El espacio pretendido recibió el nombre de *Nieuw Nederland* y una corporación privada denominada Compañía de la Nueva Holanda recibió la exclusiva de la región. Sin embargo, los inicios fueron lentos, pues no hubo interés por establecer una colonia permanente. Únicamente se levantaron algunas factorías en la ribera del Hudson para comerciar pieles con los indios mohawks; la situada más al interior fue fundada en 1614 por Hendrick Christiansen con el nombre de Fort Nassau (luego Fort Orange y en la actualidad Albany). También se llevaron a cabo reconocimientos costeros. Adriaen Block navegó alrededor de Manhattan y Long Island, demostrando que ambas eran islas, exploró el litoral de Connecticut y descubrió el río de igual designación, penetrando en él; por su parte, Cornelis May llegó hasta el extremo meridional de lo que hoy es New Jersey.

La colonización propiamente dicha no comienza hasta la creación, en 1621, de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, que vino a ser la sucesora de la Compañía de la Nueva Holanda. Al finalizar la Tregua de los Doce Años con España, el principal interés de la Compañía fue socavar el tráfico naval hispano con América, además de controlar toda la navegación neerlandesa por las costas americanas y del África Occidental. Esto último explica que los holandeses se convirtieran, durante gran parte del siglo XVII, en los principales proveedores de esclavos negros al Nuevo Mundo.

La Compañía, un antiguo proyecto del calvinista William Usselinx, era una poderosa organización de accionistas, con facultades comerciales y gubernamentales casi ilimitadas, aunque responsable en última instancia ante el gobierno de la nación. El envío de colonos comenzó inmediatamente y unas treinta familias, en su

# INMIGRACIÓN A LA NUEVA HOLANDA, 1657-1664

Navio	Año	Hombres solteros	Mujeres doncellas, solteras y viudas	Número de familias	Matrimonio sin hijos	Matrimonio y un hijo	Matrimonio y dos hijos	Matrimonio y tres hijos	Matrimonio con 4 o más hijos	Inmigrantes de distintas nacionalidades	Inmigrantes naturales de las Provincias Unidas	Total inmigrantes
St. Jan Baptiste	1657	5	0	1	0	0	1	0	0	—	2	9
Ijsserdrandvat	1657	5	0	3	1	1	0	0	1	—	1	22
Vergulde Otter	1657	3	0	0	0	0	0	0	0	—	—	3
Moesman	1658	1	2	1	0	0	1	0	0	2	—	6
Vergulde Bever	1658	7	1	7	1	2	3	0	1	2	4	38
Bruijvis	1658	11	3	6	1	3	1	0	1	4	5	33
de Troww	1659	17	9	15	2	4	2	1	6	8	63	98
Vergulde Otter	1659	4	2	2	0	1	0	1	0	2	9	12
Vergulde Bever	1659	11	2	2	1	1	0	0	0	5	11	21
Moesman	1659	0	1	4	0	4	0	0	0	4	13	23
de Troww	1660	15	3	10	1	2	7	0	0	2	30	60
Moesman	1660	14	1	5	3	0	0	1	1	5	23	32
Vergulde Bever	1660	0	2	2	1	0	1	0	0	—	—	7
Bontekoe	1660	29	4	7	0	0	1	1	4	5	68	79
Vergulde Otter	1660	19	0	9	3	1	2	1	2	22	27	52
Vergulde Arent	1661	1	1	1	0	1	0	0	0	—	1	5
de Bever	1661	8	7	7	0	2	1	1	3	6	31	51
St. Jan Baptiste	1661	5	3	7	0	2	3	1	1	4	12	38
Vergulde Arent	1662	3	0	1	0	0	0	1	0	—	3	8
de Troww	1662	7	1	4	1	1	1	0	1	5	13	27
de Hoop	1662	5	3	14	3	1	3	2	5	—	52	72
de Vos	1662	19	3	5	1	2	0	1	1	8	22	44
de Roode Rooseboom	1663	17	2	11	0	2	1	1	5	18	42	71
Bontekoe	1663	13	1	19	3	9	2	0	5	17	47	86
Stettin	1663	16	5	8	1	5	0	1	1	7	23	52
St. Pieter	1663	5	0	1	0	0	1	0	0	1	8	9
de Troww	1664	2	2	4	0	3	0	0	1	2	15	17
Gecnujiste Hart	1664	4	1	1	0	0	1	0	0	—	—	8
de Arent	1664	6	2	1	0	0	1	0	0	3	3	11
Eendracht	1664	7	0	9	0	5	1	2	1	2	14	38

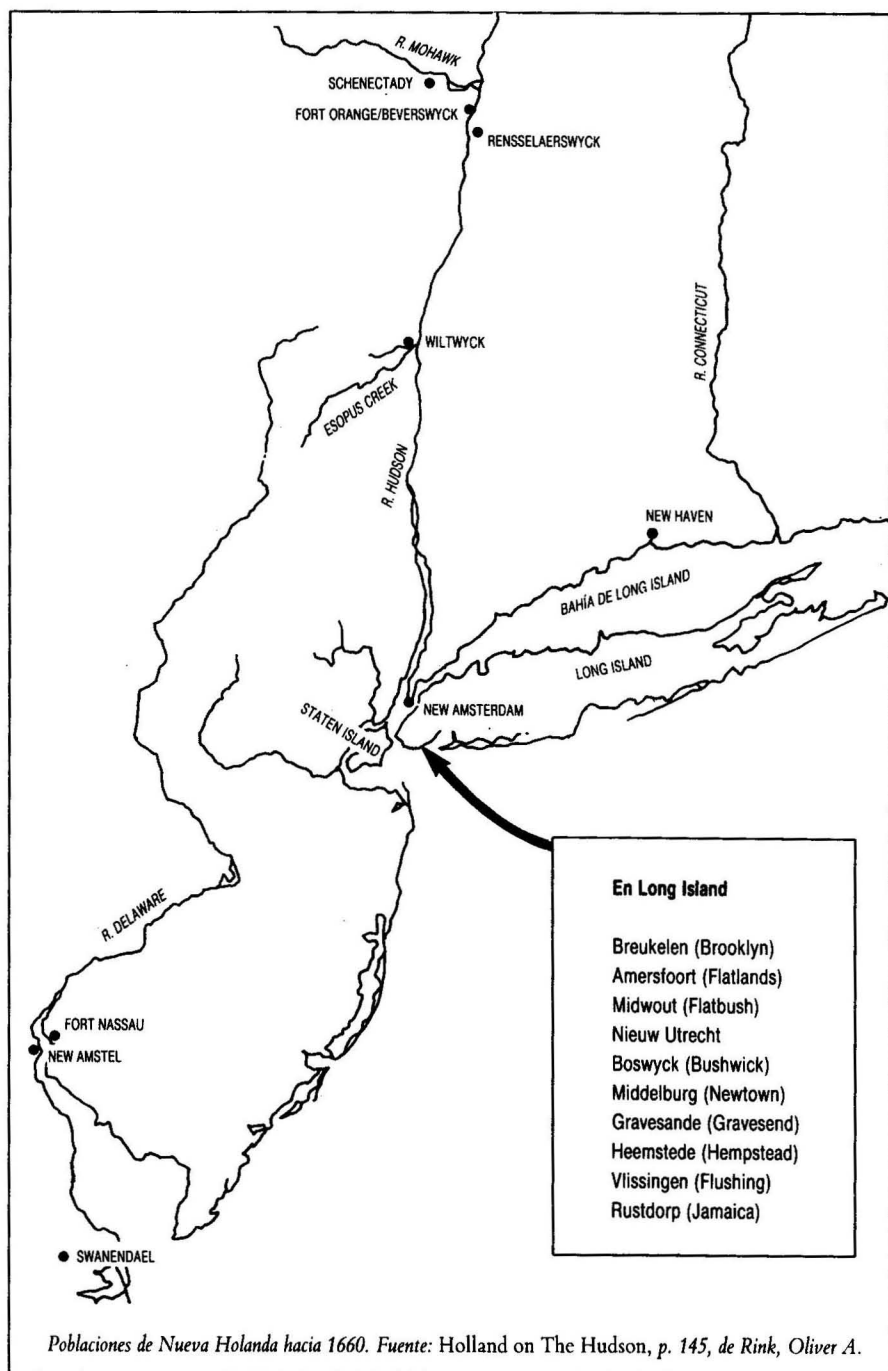
FUENTE: *Holland on the Hudson*, pp. 166-167, de Rink, Oliver A.

mayoría valonas, fueron las primeras en establecerse en la isla de Manhattan y en Fort Nassau (1624). Al mismo tiempo se fundaba otro Fort Nassau a orillas del río Delaware, se poblaba Long Island y se levantaba una factoría en el Connecticut. Con la ocupación efectiva del territorio los holandeses pretendían hacer valer sus derechos sobre un espacio lindante con las posesiones francesas e inglesas, y que en cualquier momento podía ser reclamado por alguno de estos países. No obstante, los acontecimientos políticos en Europa (rivalidades entre las potencias coloniales, Guerra de los Treinta Años y guerra civil en Inglaterra) colaboraron a que Holanda pudiera mantenerse, sin mayores problemas, en el norte de América durante unos cuarenta años.

A fin de reforzar el dominio holandés sobre la zona, la Compañía nombró a Peter Minuit director de la Nueva Holanda. El 4 de mayo de 1626 desembarcaba Minuit en Manhattan y poco después compraba la isla a los indios por 60 florines (cantidad habitualmente equiparada a 24 dólares estadounidenses) en telas y baratijas, realizando así «la mayor ganga de la historia en la adquisición de un territorio». En el extremo meridional insular Minuit fundó Fort Amsterdam o New Amsterdam, el origen de la actual New York, y trató de fomentar la emigración a la colonia. La ausencia de conflictos religiosos en los Países Bajos y la relativa prosperidad que gozaban hizo difícil encontrar neerlandeses dispuestos a marchar a Norteamérica, por ello no se dudó en admitir colonos de cualquier parte de Europa (en 1643 podían distinguirse hasta 18 lenguas distintas entre los habitantes de New Amsterdam).

### La organización colonial

Hacia 1630 New Amsterdam contaba con unas bonitas casas de estilo holandés, una iglesia de ladrillo y cerca de 300 habitantes. El tráfico comercial era intenso, pero el ritmo poblacional no alcanzaba el grado deseado. Para estimular éste, un traficante en diamantes, Kiliaen van Rensselaer convence a la Compañía de que conceda una «Carta de Privilegios» o sistema de *patroon*, mediante el cual se entregarían tierras a quienes llevasen o enviasen a América un mínimo de cincuenta colonos, con edades superiores a los quince años. En términos generales, el beneficiario de un *patroon* recibía un dominio de 25 kilómetros a lo largo de la ribera de un río o bahía, o 12 kilómetros en ambos márgenes de un cauce fluvial, extendiendo así la colonización al interior. En estas posesiones debían asentarse los colonos y permanecer al menos diez años, vender los productos al terrateniente y abonarle una renta anual o cederle un tercio de la cosecha. A cambio, el *patroon* estaba obligado a proporcionar los materiales necesarios para edificar las granjas, graneros y heniles, los aperos de labranza, esclavos negros, un maestro de escuela y un



sacerdote; no obstante esto, conservaron siempre derechos exclusivos de caza y pesca, jurisdicción civil y criminal, obligación de los colonos de moler el grano en sus molinos y participación en el comercio peletero de la Compañía.

Grandes extensiones de la Nueva Holanda fueron parceladas de este modo, pero el sistema señorial establecido no favoreció la inmigración de agricultores y sí la creación de una oligarquía gobernante, génesis de las principales familias del territorio que continuaron con sus privilegios hasta 1840 y han dejado sus apellidos en distintas zonas (cerca de Albany encontramos hoy el condado de Rensselaer, donde también se establecieron los antepasados de Martin van Buren, presidente de Estados Unidos). Pronto la Compañía y los *patroons* acabaron enfrentándose, y los directores de la colonia no pudieron evitar verse inmersos en estos pleitos que motivaron cambios frecuentes en el gobierno: a Minuit le sucedió Wouter van Twiller (sobrino de Rensselaer) y a éste, William Kieft; tres gobernadores de 1626 a 1637.

Un aspecto positivo de la época fue que con el tiempo se decretó la libertad del comercio de pieles y de la explotación del suelo, circunstancias que permitieron una mayor afluencia de colonos, tanto desde Europa como de Nueva Inglaterra, de tal manera que si en 1653 la población de Nueva Holanda era de unos dos mil habitantes, en 1666 se había quintuplicado. El río Hudson se había convertido en la principal vía del tráfico peletero y Manhattan era la base de numerosos buques holandeses que transportaban ilegalmente todo tipo de productos a los puertos españoles, franceses e ingleses de América, con resultados y beneficios satisfactorios.

Los holandeses mantuvieron unas favorables relaciones con la poderosa confederación iroquesa, esenciales para el sostenimiento e incremento del comercio de pieles. Con el resto de tribus indígenas el trato fue displicente aunque sin llegar a provocar enfrentamientos graves. El gobierno de Kieft (1637-1647) dio un giro sustancial a la situación, y la colonia sufrió toda suerte de vicisitudes. Hombre violento, Kieft mostró pronto total desprecio por los indios hasta provocar un levantamiento general de los algonquinos tras una matanza indiscriminada e injustificada de los mismos en 1643. La guerra prendió en el territorio, con sus secuelas de muertes, abandono de los campos e interrupción de la actividad mercantil; incluso la propia existencia de Nueva Holanda estuvo en peligro, salvándose gracias a la contratación del capitán de Nueva Inglaterra John Underhill, quien con la milicia local asestó un golpe decisivo a los aborígenes.

### **Peter Stuyvesant y el fin de Nueva Holanda**

Kieft fue reemplazado por Peter Stuyvesant, el último director colonial de 1647 a 1664. Persona entrada en años, mutilado de guerra (había perdido una pierna en

el Caribe), Stuyvesant gobernó con eficiencia, pero enérgicamente. Sus relaciones con los colonos neerlandeses no fueron satisfactorias debido a su carácter autócrata, a su oposición a un gobierno representativo en el que participaran los habitantes de Nueva Holanda, a los elevados impuestos aduaneros establecidos y a su preocupación por unificar el culto religioso de toda la población, que le llevó a imponer multas a quienes alojasen a practicantes de determinados cultos. No obstante, la labor política de Stuyvesant fue muy superior a la desarrollada por sus predecesores: restableció la coexistencia pacífica con los indígenas, si bien no pudieron evitarse esporádicos períodos de hostilidades mutuas; en 1650 firmó un tratado fronterizo con las autoridades de Nueva Inglaterra (línea que hoy separa a los Estados de Connecticut y New York) que contuvo momentáneamente los conflictos limítrofes surgidos entre ambas colonias.

Stuyvesant puso fin, también, a la incipiente colonización sueca en América. Suecia intentó imitar al resto de naciones europeas y ocupar parte del territorio americano, estimulada por los informes favorables de algunos holandeses resentidos por su expulsión (para ellos injusta) de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales. En 1637 el primer ministro sueco Oxenstiern consolidaba la vieja aspiración del rey Gustavo Adolfo (muerto en la Batalla de Lutzen de 1632) de constituir una Compañía de la Nueva Suecia (creada en 1627) a semejanza de la neerlandesa y entre cuyos promotores figuraban William Usselinx y Peter Minuit. Al año siguiente, el propio Minuit conducía la primera expedición sueca al Nuevo Mundo; con él al frente no es extraño que luego de una breve escala en Jamestown, los colonos se dirigieran a la bahía de Delaware, territorio perteneciente en teoría a Nueva Holanda, pero que se encontraba abandonado debido a enfrentamientos con los indígenas y al fracaso del establecimiento del sistema de *patroon*.

El 29 de marzo de 1638, cerca de la actual Wilmington, se fundaba Fuerte Cristina (en honor de la reina de Suecia) y con el tiempo, los suecos se extendieron aguas arriba del río Delaware hasta llegar a la zona donde hoy se asienta Filadelfia, en la cual situaron su centro neurálgico. La colonia mantuvo una población escasa, de 300 a 600 suecos y fineses, dedicada básicamente a la agricultura y cuya principal aportación a la cultura norteamericana fue la construcción de la típica cabaña de troncos, de fácil montaje y confortable en los duros inviernos, adoptada por los pioneros americanos a lo largo de la frontera en el siglo XVIII. Nueva Suecia tuvo una vida efímera. Kieft intentó una acción de desalojo que fue interrumpida por temor a provocar en Europa una guerra entre holandeses y escandinavos, pero el cerco se fue cerrando. En 1651 Stuyvesant mandó levantar el Fuerte Casimir para controlar la bahía de Delaware y cuando los suecos lo destruyeron, no dudó en organizar una expedición punitiva que el 26 de septiembre de 1655 reconquistaba para Nueva Holanda el suelo de esta región; pero la presencia neerlandesa en América del Norte también tocaba a su fin.

Inglaterra nunca aceptó de buena gana el dominio de Holanda sobre las tierras norteamericanas y sólo las circunstancias políticas europeas y las propiamente internas, como dijimos, habían demorado la reclamación. Resueltos los acontecimientos citados y restaurada la monarquía inglesa, nada se oponía a este objetivo que además serviría para poner fin al incesante tráfico ilegal de los holandeses con las colonias británicas. Sin declaración de guerra, Carlos II otorgaba, en 1664, a su hermano Jacobo, duque de York y Albany, todo el territorio comprendido entre los ríos Connecticut y Delaware, donde se incluía lo ocupado por Nueva Holanda. El 29 de agosto de 1664 una flota al mando de un subordinado del duque, Richard Nicolls, llegaba a la bahía de Manhattan y exigía la rendición del gobernador Stuyvesant. Pese a los intentos de éste por resistir, los colonos holandeses no colaboraron en la defensa conscientes de su inferioridad, cansados de su gobierno despótico y de los privilegios de la Compañía. El 7 de septiembre se rendía New Amsterdam (que pasó a llamarse New York), el 20 del mismo mes lo hacía Fort Orange (denominada Albany) y el 10 de octubre capitulaban las posesiones neerlandesas situadas a lo largo del Delaware.

En la paz firmada en Breda, en 1667, los Países Bajos renunciaron a cualquier pretensión sobre su colonia americana a cambio de que Inglaterra reconociera sus derechos sobre la Guayana holandesa. Del 30 de julio de 1673 al 10 de noviembre de 1674, una armada neerlandesa reconquistó por sorpresa New York y parte del valle del Hudson. Fue una fugaz apropiación saldada mediante un tratado que puso término para siempre a la colonización holandesa en la América del Norte.

## Los holandeses en el Caribe

A principios del siglo XVII los holandeses eran los principales mercaderes marítimos de las costas atlánticas de Europa. El descenso del comercio con España y Portugal, a causa de la guerra, les hizo buscar mercados en otras partes del mundo. Un producto deseado afanosamente fue la sal, esencial para su industria pesquera (salazón de pescados, en especial arenques), y necesaria en el Viejo Mundo para la conservación de la carne. Normalmente, la sal se obtenía en el sur de Portugal, pero la unión de este país con España bajo el reinado de Felipe II dificultó su comercio y obligó a conseguirla primero de las islas de Cabo Verde y posteriormente en el Caribe, donde descubrieron y comenzaron a explotar las salinas de Araya, en Cumaná. De esta manera los holandeses adquirieron un papel protagonista en la región antillana.

Los españoles de la época solían preguntarse «sí en Holanda llueven barcos». Obviamente no sucedía tal fenómeno y sí que los competentes astilleros de Zuiderzee no cedían un ápice en su afán por hacer de los Países Bajos una de las primeras



potencias marítimas de una Europa donde casi tres cuartas partes de los buques de comercio enarbolaban bandera holandesa. Una relación pormenorizada de las flotas neerlandesas que durante gran parte del siglo XVII surcaron aguas americanas haría pródiga cualquier narración y en definitiva nos demostraría que hubo un envío continuo de embarcaciones al Nuevo Mundo, que en muchas ocasiones las expediciones estaban compuestas por varias decenas de naves y que unas veces su objetivo era el comercio, otras el ataque a puertos y ciudades españolas y otras la captura de los galeones hispanos que con oro y plata regresaban a la península. Entre 1622 y 1636 los holandeses apresaron 547 naves, con un botín de 30 millones de florines.

Algunos ejemplos concernientes a lo referido nos ilustrarán de manera clara. Según el gobernador de Cumaná, entre 1600 y 1605, los barcos bátavos con destino a Araya pasarían del centenar cada año y además de cargar sal se llevaban tabaco y cueros venezolanos intercambiados por mercaderías europeas. De nada sirvió que la armada de don Luis de Fajardo diese un castigo ejemplar a las naves salineras o que los gobernadores de Venezuela capturasen multitud de buques y colgasen a algunas de las personas detenidas; hay noticias de presencia holandesa en la zona en 1623 (41 navíos), en 1626 (16 bajales) y en 1633 (10 urcas). En realidad, la amenaza no desaparecería, en parte, hasta la construcción del fuerte llamado de Santiago del Arroyo, obra de Juan Bautista Antonelli (hijo). De igual forma, de 1621 a 1622 casi 100 urcas merodearon por las costas de Nueva Andalucía atraídas por unas salinas próximas a Ancón, y en 1631 y 1638 diversas naves recalaron, por idéntico motivo, en isla Tortuga hasta que fue necesario anegar el depósito de sal de este islote venezolano.

Con los enclaves portuarios del occidente de la Española (Puerto Plata, Montecristi, Bayahá y La Yaguana) se mantuvo, hasta su destrucción en 1605-1606, un activo comercio de corambre que empleaba más de 20 navíos holandeses anuales y suponía unas transacciones cercanas a los 800.000 florines.

La Tregua de los Doce Años no supuso impedimento alguno para las incursiones neerlandesas. Así, en 1614, Joris van Spielbergen, con cinco embarcaciones, arremete contra las poblaciones de la costa chilena; al año siguiente, Jakob van Mayre descubre un estrecho al sur del de Magallanes y llega hasta el cabo que pone fin a América, que bautiza como Horn (luego españolizado como Hornos). En 1623, una expedición de 11 naves holandesas al mando del francés Jacques L'Hermitte ataca Callao, Pisco, Guayaquil y Acapulco. Por estas mismas fechas aparece en el Caribe, con más de una veintena de barcos, Boudewijn Hendrijs (el pirata Balduino Enrique para los españoles), primero como apoyo de la gran flota que debía tomar la capital del Brasil portugués (San Salvador de Bahía) y luego, fracasada la operación anterior y ya en solitario, para sembrar el pánico en Puerto Rico, Santo Domingo, Margarita, Jamaica y Cuba, hasta su muerte ocurrida en 1626.

## Apogeo y decadencia en el Caribe

De todas las intervenciones holandesas en el ámbito caribeño la de mayor repercusión fue la acción llevada a cabo por Piet Heyn en 1628. Con 24 navíos se dirigió hacia La Habana a la espera de las flotas hispanas que debían regresar a la península con mercancías y metales preciosos; aparecida la de Nueva España, fue atacada y capturada en la bahía de Matanzas sin que se le pudiera prestar auxilio. El botín obtenido por Heyn fue de 15 millones de florines (unos cuatro millones de ducados) y permitió que ese año la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales entregase a sus accionistas un dividendo equivalente al 50 por 100 del capital invertido. En España la noticia causó sensación por la pérdida tan cuantiosa y el descrédito que suponía ante el resto de naciones. En la propia Holanda se llegó a decir, no sin exageración, que Hispanoamérica les pertenecía, pues «si toda la plata, oro y mercaderías las pasamos a nuestros puertos, ¿quién dice que no es nuestra la América, ahorrándonos el sueldo y provisiones de virreyes y gobernadores y la fatiga de elegirlos y consultarlos?».

Las secuelas de la acción de Heyn no se hicieron esperar y los buques de la Compañía Holandesa irrumpieron en aguas americanas en un número hasta entonces desconocido atacando y saqueando poblaciones, paralizando la navegación hispana, y con España incapaz de poner fin a esta situación. Si hacemos salvedad de la flota de 67 navíos de Hendrik Corneliszoon Loncq que en 1629 tomaba Olinda, Recife y Pernambuco, es preciso resaltar las actuaciones de algunos de los principales epígonos de Heyn, unas veces apoyados por la Compañía y otras de manera independiente. Así, Johann Adrian Hauspater siembra el temor y llega a penetrar por el Orinoco, hasta que encuentra la muerte en un enfrentamiento con don Antonio de Oquendo. Quizá el más inquieto fuese Cornelius Goll («Pie de palo» para los españoles) que durante once años mantuvo en vilo a las autoridades hispanas: en tres ocasiones (1629, 1638 y 1640) merodeó por las costas cubanas intentando repetir, sin éxito, la hazaña de Heyn y en 1633 asoló la villa de Campeche; en sus incursiones no empleó menos de 15 embarcaciones y a veces éstas superaron la treintena.

Otras muchas intervenciones podrían relatarse (frecuentes asaltos a Centroamérica, Guanaja, San Martín, bahía de Maracaibo, Veragua e incluso Chiloé) que únicamente vendrían a corroborar lo expuesto. A partir de la creación de la Compañía en 1621, Holanda logró algunos de sus objetivos: colapsar el tráfico hispano en la ruta de las Indias, mantener a España a la defensiva y fundar colonias que sirvieron tanto de bases de refresco y aprovisionamiento de las escuadras incursoras, como de almacenes donde guardar productos europeos para su intercambio por los tropicales (indigo, fustete y tabaco, por ejemplo). La acción neerlandesa favoreció también que otras naciones, Francia e Inglaterra entre ellas,

ocupasen islas antillanas deshabitadas, a cuyos colonos, más tarde, no dudaron en comprar su producción de azúcar para venderla en Europa. Mientras, España era espectadora impotente para defender todos y cada uno de los territorios americanos, sólo podía llevar a cabo ofensivas esporádicas con resultados aceptables y tratar de conservar aquellas zonas colonialmente más consolidadas; ello no evitó medidas igual de perjudiciales para españoles como extranjeros: cierre de la pesquería de perlas de Cumaná, prohibición de cultivar tabaco en Venezuela o la devastación, en 1605, de las poblaciones del occidente de La Española que dio origen posterior al nacimiento de Saint Domingue.

Pese a los indudables triunfos holandeses reseñados, no supo Holanda obtener beneficios territoriales significativos en el Caribe. De 1630 a 1650 se ocuparon las islas de Curaçao, Saba, San Martín y San Eustaquio, en lucha con españoles y franceses, que no les fueron confirmadas hasta el Tratado de Münster de 1648. Salvo la primera, tomada en ataque sorpresa, que poseía una valiosa salina y fue la proveedora de esclavos negros de Brasil, Tierra Firme y colonias británicas y francesas de las Antillas, el resto eran pequeños enclaves útiles para el comercio y contrabando. Con posterioridad se agregarían Aruba y Bonaire que completaron las posesiones neerlandesas en la región antillana.

Próximo el último tercio de siglo, los holandeses habían llegado al límite de sus posibilidades. Los esfuerzos colonizadores en el Brasil, las dificultades del asentamiento en el norte de América y la lucha con los portugueses para arrebatárles sus principales plazas fuertes africanas y el tráfico negrero, habían consumido muchas energías. Cuando estos tres objetivos fueron perdiéndose uno tras otro, era ya demasiado tarde para aprovechar los años de dominio en el Caribe, pues el poderío marítimo batavo no era tan indiscutible y Francia e Inglaterra imponían su política colonial en América. La toma de Martinica y Cayena por una flota de 46 naves al mando del almirante Binckes fue un último acto de fuerza similar a la ocupación de New York por las mismas fechas. A partir de la Paz de Nimega (1678), Holanda prácticamente pierde el monopolio comercial que había ejercido, motivo de su presencia en América, cede el dominio de los mercados europeos en favor de ingleses y franceses, y tras más de medio siglo de disputas sólo conserva en Indias la Guayana y sus minúsculas islas antillanas desde donde, no obstante, seguirá comerciando con las posesiones americanas del resto de naciones.

## Orientación bibliográfica

- ALCALÁ-ZAMORA Y QUEIPO DE LLANO, José: *España, Flandes y el Mar del Norte (1618-1639)*. Barcelona, 1975.
- ALSEDO Y HERRERA, Dionisio de: *Piraterías y agresiones de los ingleses y otros pueblos de Europa a la América española desde el siglo XVI al XVII*. Madrid, 1883.
- ARCHDEACON, Thomas J.: *New York City, 1664-1710. Conquest and change*. Cornell, 1976.
- BOXER, Charles R.: *The Dutch seaborne empire, 1600-1800*. New York, 1969.
- : *The Dutch in Brazil, 1624-1654*. Connecticut, 1973.
- CÓRDOBA BELLO, Eleazar: *Compañías holandesas de navegación agentes de la colonización neerlandesa*. Sevilla, 1964.
- EDMUNDSON, R.: *Anglo-dutch rivalry, 1600-1653*. Londres, 1960.
- ESTRADA, Rafael: *El almirante don Antonio de Oquendo*. Madrid, 1943.
- FELICE CARDOT, Carlos: *Curaçao hispánico (antagonismo flamenco-español)*. Caracas, 1973.
- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española desde la unión de los Reinos de Castilla y León*. Madrid, 1972-1973.
- GOSLINDA, Cornelis Ch.: *The dutch in the Caribbean and on the Wild Coast, 1580-1680*. Assen, 1971.
- GEIGEL SABAT, Fernando J.: *Balduino Enrico*. Barcelona, 1934.
- GEYL, Pieter: *The Netherlands in the seventeenth Century (1609-1715)*. Londres, 1964.
- HUET, P. D.: *Comercio de Holanda o el gran tesoro historial y político del floreciente comercio que los holandeses tienen en todos los Estados y señoríos del mundo*. Madrid, 1717.
- ISRAEL, J. I.: *The Dutch Republic and the Hispanic World, 1606-1661*. Oxford, 1986.
- JUÁREZ, Juan: *Piratas y corsarios en Veracruz y Campeche*. Sevilla, 1972.
- MORINEAU, M.: *Incroyables gazettes et fabuleux métaux. Les retours des trésors américains d'après les gazettes hollandaises (XVI-XVIII siècles)*. Cambridge, 1985.
- NEWTON, A. P.: *The european nations in the West Indian*. Londres, 1933.
- PEZUELA, Jacobo de la: *Historia de la isla de Cuba*. Madrid, 1868.
- : *Crónica general de las Antillas*. Madrid, 1871.
- RINK, O. A.: *Holland on the Hudson. An economic and social history of Dutch New York*. Ithaca, 1986.
- RITCHIE, Robert C.: *The Duke's Province: A study of New York Politics and Society, 1664-1691*. North Carolina, 1977.
- ROBLES, Gregorio de: *América a finales del siglo XVII. Noticias de los lugares de contrabando*. Valladolid, 1980.
- SAIZ CIDONCHA, Carlos: *Historia de la piratería en América española*. Madrid, 1985.
- SLUITER, Engel: *Dutch-spanish rivalry in the Caribbean area, 1594-1609*, en H.A.H.R., vol. XXVIII, n.º 2, pp. 165-196, 1948.
- WATER, D. W.: *The Navigation and instruments of the Batavia Dutch East Indiaman, 1629*. Beynonth, 1966.
- WRIGHT, Irene A.: *The Dutch and Cuba, 1609-1643*, en H.A.H.R., vol. IV, n.º 4, 1921.